

indicio y muestra da de su liviandad, y eso solo bastaria para hacerla ruin aunque no lo fuese. De la misma manera, es verdad que no está la perfeccion en la guarda de la lengua y de los sentidos; empero alma ventanera y callejera, amiga de ver, oír y hablar, no alcanzará la perfeccion, ni la pureza de corazon.

Y hase de notar aquí otro punto principal, que así como esto exterior ayuda á componer y conservar lo interior, así tambien lo interior compone luego lo exterior. *Ubi Christus est, modestia quoque est*, dice san Gregorio Nazianceno, epist. 193. Cuando hay allá dentro virtud sólida y maciza, luego hay gravedad y peso en los ojos y en la lengua, y mucha madurez en el andar y en todos nuestros movimientos. La gravedad y peso interior pone peso y madurez en lo exterior. Y esta es la modestia que nuestro Padre nos pide (1), que nazca de la paz y verdadera humildad del ánima, no modestia compuesta y fingida artificialmente, que esa no dura, al mejor tiempo falta al fin como cosa positiva; sino una modestia, que ella misma se caiga de suyo, nacida como efecto de su causa, de un corazon compuesto, mortificado y humilde.

De donde podemos colegir una señal muy buena para conocer si un hombre es espiritual ó no, y si va aprovechando y creciendo en

(1) Regul. 19 summ. constitut.

espíritu ó no; y decláralo san Agustín (1) con esta comparacion: Así como vemos que ahora nosotros, que somos ya hombres, carecemos de muchos deleites y pasatiempos que teníamos cuando éramos niños, que si entonces nos los quitaran, nos diera mucha pena, y ahora ninguna sentimos en carecer de ellos, porque son pasatiempos y juegos de niños, y nosotros somos ya hombres; así, dice, es en el camino espiritual, cuando uno comienza á gustar de Dios, y de las cosas de virtud, y se va haciendo hombre espiritual y varon perfecto, no siente ni le da pena el carecer de los gustos y delectaciones sensuales de que gustaba cuando era niño é imperfecto en la virtud, porque aquellos son deleites y pasatiempos de niños y de imperfectos, y él es ya hombre: *Cum essem parvulus, loquebar ut parvulus, sapiebam ut parvulus, cogitabam ut parvulus: quando autem factus sum vir, evacuavi quæ erant parvuli.* I ad Corinth. XIII, v. 11. Cuando era pequeño, sabia, y pensaba, y obraba como pequeño; pero despues que soy hombre, dejé las cosas de niño. Pues si quereis ver si sois hombre, y si vais aprovechando y creciendo en perfeccion, ó si sois todavía niño, mirad si habeis dejado y olvidado las cosas de niño; porque si todavía gustais de los juegos y entretenimientos de los niños, niño sois; si gustais de niñerías, de derramar vuestros

(1) August. lib. 83, quæst. 70.

sentidos, de apacentar vuestros ojos, andando mirando cosas curiosas y vanas, y vuestros oídos en querer oír todo lo que pasa, y vuestra lengua en conversaciones y pláticas impertinentes y excusadas, niño sois, é imperfecto sois, pues gustais de los pasatiempos y entretenimientos de los niños y de los imperfectos. El que es hombre espiritual, y va creciendo y haciéndose varon perfecto, ya no gusta de esas cosas, antes se rie y hace burla de ellas, como el hombre de los juegos y entretenimientos de los niños, y se afrentaria de tratar de eso.

CAPÍTULO IV.

Del silencio, y de los bienes y provechos grandes que hay en él.

Uno de los medios que nos ayudará mucho para aprovechar en virtud y alcanzar la perfeccion será refrenar y mortificar la lengua; y por el contrario, una de las cosas que mas nos dañará é impedirá nuestro aprovechamiento será descuidarnos en esto. Lo uno y lo otro nos dice Santiago en su Cánónica, III, v. 2, porque por una parte dice: *Si quis in verbo non offendit, hic perfectus est vir.* El que guardare bien su lengua, y no pecare con ella, ese será varon perfecto; y por otra dice: *Si quis putat se religiosum esse, non refrænans linguam suam, sed seducens cor suum, hujus vana est Religio.* Jacob. c. I, v. 16. Si alguno piensa que es

religioso, y no refrena su lengua, engañase, que vana es su Religion. San Jerónimo, in reg. Monachorum, c. 22, trae esta autoridad para encomendar la guarda del silencio, y dice que por esto aquellos Padres antiguos del yermo, fundados en esta sentencia y doctrina del apóstol Santiago, tenían gran cuidado de guardarle. Dice que halló á muchos de aquellos santos Padres que había siete años que no habian hablado palabra con otro. De aquí tambien dice Dionisio Cartusiano que vinieron todas las Religiones á poner, entre las observancias de la Religion, por una de las principales, ésta del silencio, y con tanto rigor, que establecieron y ordenaron que el que le quebrantase fuese castigado con disciplina pública.

Pero veamos qué será la causa de encomendarnos tanto este negocio. ¿Tan grave cosa es hablar una palabra ociosa? ¿Es mas que perder un poco de tiempo que se gasta en decirlo, un pecadillo venial que se quita con agua bendita? Mas debe de haber en ello que perder un poco de tiempo, y de mas peso debe ser este negocio de lo que parece, pues la sagrada Escritura nos lo encarece tanto, porque el Espíritu Santo no es encarecedor ni exagerador de las cosas, ni las pesa con otro peso del que ellas tienen. Los Santos y Doctores de la Iglesia, á quienes el Señor dió particular luz para entender y declarar los misterios de la Escritura divina, declaran muy

á la larga los provechos grandes que se siguen de la guarda del silencio, y los daños graves que trae consigo lo contrario.

San Basilio, in regul. fusius disput. 13, dice, que es muy provechoso, especialmente á los que comienzan á ejercitarse en el silencio: lo primero, para aprender á hablar como conviene; porque se requieren muchas circunstancias para esto, y es negocio que tiene dificultad, y mucha; y pues para aprender las demás ciencias y artes damos por bien empleados muchos años, á trueque de salir con ellas; tambien será razon que empleemos algunos años en aprender esta ciencia de saber hablar; porque si no os haceis discípulo, y procurais aprender, nunca saldréis maestro. Pero diréis: Hablando mucho, la aprenderemos, como las demás ciencias y artes se aprenden ejercitándose mucho en ellas. Dice san Basilio que esta ciencia de saber bien hablar no se puede aprender sino es callando y ejercitándose mucho en el silencio; y da la razon, porque como el hablar bien depende de tantas circunstancias, y nosotros estamos tan mal acostumbrados á hablar no con esas circunstancias, sino lo que se nos antoja, y cuando nos parece, y con el tono que queremos, sin orden ni concierto; el silencio hace dos cosas muy principales para saber hablar: lo primero, que con el mucho silencio se nos olvida el mal lenguaje nuestro primero que

traíamos del mundo, que es una parte muy principal para aprender buen lenguaje, como lo es para saber olvidar lo mal aprendido; y lo segundo, con el silencio tenemos mucho lugar y tiempo para aprender el buen modo de hablar; porque él nos le da muy cumplido para andar mirando á los religiosos antiguos que entendemos son doctos en esta ciencia, y saben hablar como conviene, para aprender de ellos, y que se nos imprima aquella madurez con que ellos hablan, aquel reposo y peso de las palabras. Como el aprendiz está mirando cómo hace su maestro la obra para hacerla él de aquella manera, y así aprende y sale maestro; así habemos nosotros de andar mirando á los que se señalan en esto, para aprender de ellos. Mirad al otro hermano antiguo y al otro Padre qué buen modo tiene de hablar, con qué buena gracia despacha y da recaudo á todos los que le hablan y tratan, por ocupado que esté, que parece no tiene otra cosa que hacer sino responderos á vos: siempre le hallaréis de un temple, siempre de un semblante, no como vos, que cuando estais muy ocupado respondeis desgraciada y sacudidamente. Mirad al otro, cuando le ordenan algo de parte de la obediencia, cuán bien responde: que me place, de muy buena voluntad, cuán sin excusas ni sin preguntar quién lo manda. Mirad al otro, como nunca sabe hablar cosa que lastime, ni pueda dar disgusto á su

hermano, ni en la recreacion ni fuera de ella, ni por burla ni por gracia, ni en presencia ni en ausencia; con todos y de todos habla con respeto y estima: y aprended vos á hablar de esa manera. Advertid como el otro, cuando le dijeron la palabrilla de que se podia sentir, no respondió con otra tal: con cuán buena gracia lo disimuló, como si no la hubiera entendido, conforme á aquello del Profeta, Psalmo xxxvii, v. 15: *Factus sum sicut homo nos audiens.* ¡Qué bien supo ganarse á sí y á su hermano! y aprended vos á haberos de esta manera en semejantes ocasiones. Para estas dos cosas dice san Basilio que aprovecha mucho el largo silencio: *Quippe cum taciturnitas simul, et oblivionem ex desuetudine pariat, et ad ea que recta sunt discenda, otium suppeditet.*

San Ambrosio, lib 1 offic. c. 10, y san Jerónimo sobre aquello del Eclesiastés, iii, v. 7: *Tempus tacendi, et tempus loquendi,* confirman esto mismo, y dicen que esta es la causa por la cual Pitágoras, aquel antiquísimo filósofo, el primer documento que daba á sus discípulos era que callasen por cinco años, para que con el largo silencio olvidasen lo que mal sabian, y oyéndole á él aprendiesen lo que habian despues de hablar, y de esa manera saliesen maestros. Y así viene á concluir allí san Jerónimo: *Discamus itaque, et nos prius non loqui, ut postea ad loquendum ora reseremus:* Aprendamos pues nosotros primero

á callar, para que despues sepamos hablar: *Sileamus certo tempore, ad præceptorum eloquia pendeamus, nihil nobis videatur rectum esse, nisi quod discimus, ut post multum silentium, de discipulis efficiamur magistri:* Tengamos silencio por algun tiempo, andemos mirando á los que se señalen en esta ciencia para imitarlos, hagámonos primero discípulos, para que despues de mucho silencio podamos salir maestros.

Y aunque estos Santos van hablando con los que comienzan; pero á todos nos toca lo que se ha dicho, porque ó sois antiguo ó novicio, ó os quereis haber en la guarda de la lengua como novicio ó como antiguo, escoged lo que quisiéreis; si sois novicio, ó os quereis haber como novicio, el primero documento ha de ser callar hasta que sepais bien hablar, como queda dicho: si sois antiguo, ó os quereis haber como antiguo, habeis de ser el ejemplo y dechado en que se ha de mirar el novicio, y de quien ha de aprender el que comienza. Mas estimo que os hayais como antiguo que como novicio, porque á mas obliga el ser antiguo: para eso fuisteis novicio, y callásteis tanto, para aprender á hablar; ya será razon que sepais hablar al cabo de tanto tiempo: y si nunca habeis sido novicio, ni habeis aprendido á hablar, es menester que os hagais en esto novicio, para que así aprendais á hablar lo que conviene, y cuándo conviene, y cómo conviene.

CAPÍTULO V.

Que el silencio es un medio muy importante para ser hombres de oracion.

No solo aprovecha el silencio para aprender á hablar con los hombres, sino aprovecha tambien, y es muy necesario, para aprender á hablar y tratar con Dios, y ser hombres de oracion: así lo dice san Jerónimo, y por eso dice él, que tenían aquellos Padres tanta cuenta con el silencio: *Ex hoc enim in eremo sancti Patres edoc-ti summa cum diligentia observant sancta silentia, tamquam sanctæ contemplationis causam.* Hier. in Regul. Monach. 22. Por esto aquellos santos Padres del yermo, enseñados del Espíritu Santo, guardaban con suma diligencia el santo silencio, como causa de la santa contemplacion. Y san Diadoco tratando del silencio (1) dice: *Præclara ergo res est silentium, nihilque aliud, quam mater sapientissimorum cogitatum:* Grande y excelente cosa es el silencio, porque es madre de santos y levantados pensamientos. Pues si quereis ser espiritual y hombre de oracion, si quereis tratar y conversar con Dios, guardad silencio. Si quereis tener siempre buenos pensamientos, y oír las inspiraciones de Dios, tened silencio y recogimiento; porque así como unos son

(1) Diadoc. lib. de perfect. spirit. c. 70, in Biblioth. sancti. Patr. tom. 3.

sordos por impedimentos que tienen en el órgano del oído, otros por haber gran ruido no oyen; así tambien el ruido y estruendo de las palabras, y cosas y negocios del mundo, impide y nos hace sordos para oír las inspiraciones de Dios, y caer en la cuenta de lo que nos conviene. Quiere Dios soledad para tratar con el alma: *Ducam eam in solitudinem, et loquar ad cor ejus,* Osee, II, v. 14, dice por el profeta Oseas. Llevarla he á la soledad, y allí le hablaré al corazón, allí serán los consuelos y regalos. *Ecce ego lactabo eam:* Allí la daré leche á mis pechos: para significar los favores y mercedes que hace al alma, cuando se recoge de esta manera. Dice san Bernardo, serm. 40 in Cantic., espíritu es Dios, y no cuerpo, y así soledad espiritual pide, y no corporal. Y san Gregorio, l. 30 Mor., c. 12, dice: *Quid prodest solitudo corporis, si solitudo defuerit cordis?* Poco aprovechará la soledad del cuerpo, si no hay esta soledad y recogimiento del corazón. Lo que quiere el Señor es, que allá dentro de vuestro corazón hagais una morada y una celda para tratar con Dios, y para que su divina Majestad huelgue de tratar y conversar con vos. De esa manera podréis decir con el Profeta, Psalm. LIV, v. 8, que habeis huido y acogidoos á la soledad: *Ecce elongavi fugiens, et mansi in solitudine.* No es menester para eso que os hagais ermitaño, ni que huyais el trato y conversacion de los prójimos; mas si

quereis andar siempre devoto, y muy dispuesto y preparado para entrar fácilmente en oracion, tened silencio. Dice muy bien san Diadoco, *ubi supra,* que así como cuando la puerta del baño se abre muchas veces, se sale presto por allí el calor; así cuando uno habla mucho, todo el calor de la devocion se va por la boca. Luego se derrama el corazón, y el alma es desamparada de buenos pensamientos. Es cosa de ver cuán presto desaparece todo el jugo de la devocion: en abriendo la boca á hablar demasiado, vásenos el corazón por la boca; mas si quereis tener mucho tiempo desocupado, y ahorrar y granjear muchos y largos ratos para tener oracion, tened silencio, y veréis qué de tiempo os sobra para tratar con Dios y con vos. ¡Oh qué bien lo dijo aquel santo Tomás de Kempis! «Si te apartases de pláticas supérfluas, y de andar en balde, y de oír nuevas y murmuraciones, hallarías tiempo aparejado para pensar buenas cosas.» Pero si sois amigo de parlar, y de derramaros por los sentidos, no os espanteis que andeis siempre alcanzado de tiempo, y que os falte aun para los ejercicios ordinarios, como leemos, *Exod. v, v. 12,* de los hijos de Israel, que porque andaban derramados por Egipto buscando pajas, no podían cumplir la tarea ordinaria, y así eran castigados por ello.

Hase de advertir aquí otro punto principal y muy espiritual, que

así como el silencio es causa de la santa contemplacion, así tambien la oracion y contemplacion, y el trato con Dios, es causa del silencio. Decia Moisés á Dios: *Ex quo loquutus es ad servum, impeditioris, et tardioris lingue sum.* Exod. IV, v. 10. Señor, despues que comenzásteis á hablar y tratar conmigo, me he hecho tartamudo, y no acierto á hablar. Y el profeta Jeremías, cap. I, v. 6, en comenzando á hablar con Dios, dice que se ha vuelto niño, y que no sabe hablar. Nota aquí san Gregorio, lib. 7 Mor. cap. 6, que los hombres espirituales que tienen trato y conversacion con Dios luego se hacen mudos para las cosas del mundo, y les da en rostro el hablar y oír tratar de ellas; porque no querrian oír ni tratar de otra cosa sino de lo que aman y tienen en su corazón, y todo lo demás les da fastidio y pesadumbre: *Valde namque insolens, atque intolerabile estimant, quidquid illud non sonat, quod intus amant.* Y acá lo experimentamos; y sino miradlo: cuando el Señor os hace merced en la oracion, y salís de ella con devocion, como no os da gana de hablar con nadie, ni de levantar los ojos á una parte ni á otra, ni de oír nuevas, sino que parece que os han echado un candado á la boca y á todos vuestros sentidos, ¿qué es la causa de eso? La causa es, porque estais allá dentro ocupado y entretenido con Dios; por eso no os viene gana de andar buscando entretenimientos y consuelos

exteriores. Y por el contrario, cuando uno anda hablando, y distraído y derramado acá fuera, es que no hay espíritu, ni devoción ni entretenimiento allá dentro. Así lo dice aquel santo Tomás de Kempis. «¿Qué es la causa que tan de gana hablamos y platicamos unos con otros, viendo cuán pocas veces volvemos al silencio sin daño de la conciencia? La causa, dice, es que por el hablar buscamos ser consolados unos de otros, y deseamos aliviar el corazón fatigado de pensamientos diversos, y tomamos placer en pensar y hablar de las cosas que amamos, ó nos son contrarias.» No podemos vivir sin algún entretenimiento y contento; y como no lo tenemos allá dentro en el corazón con Dios, buscámonle en esas cosas exteriores. Esta es la razón porque acá en la Religión hacemos tanto caso de estas y otras semejantes faltas exteriores, y las reprendemos tanto, aunque de suyo parecen pequeñas; porque esas faltas exteriores, el andar quebrantando el silencio y perdiendo tiempo, y otras cosas semejantes, son señal de poco aprovechamiento, y de la poca virtud interior que hay allá dentro: muestra uno en eso que no ha entrado en espíritu, ni ha comenzado á gustar de Dios, pues no se sabe entre tener consigo y con Dios á solas en su celda. Cuando el arca no tiene cerradura, por el mismo caso entendemos que no hay allá dentro tesoro ni cosa preciosa. Cuan-

do la avellana anda muy ligera y salta, es señal que está vana y no hay sustancia dentro. Eso es lo principal que miramos en esas cosas, y por esto hacemos tanto caso de ellas.

CAPÍTULO VI.

Que el silencio es medio muy principal para aprovechar y alcanzar la perfeccion.

Decía el P. M. Nadal, muy espiritual y muy docto, una cosa particular y muy notable del silencio, que declara bien su importancia, que aunque á alguno por ventura le parecerá encarecimiento y exageración, no lo es, sino verdad llana y muy experimentada. Decía que para reformar una casa, y toda una Religión, no es menester más de reformarla en silencio. Haya silencio en casa, y yo os la doy reformada. No parece que se puede decir mayor alabanza del silencio, porque aquí se encierran todas. La razón de esto es, porque cuando hay silencio en casa, cada uno atiende á su negocio, á qué vino á la Religión, que es á tratar de su aprovechamiento espiritual. Pero cuando no hay silencio, entonces son las quejas, los corrillos, las murmuraciones, las amistades particulares que se fomentan con estas conversaciones y familiaridades: entonces es el perder tiempo y hacerlo perder á los otros, y otros muchos incon-

venientes que de esto se siguen; y así vemos que cuando no hay silencio en casa, no parece casa de Religión sino de seglares: y al contrario, cuando hay silencio, luego parece casa de Religión y un paraíso; luego en entrando por la puerta huele todo á santidad; aquella soledad y silencio levanta el espíritu y mueve á devoción á los que entran: *Vere Dominus est in loco isto. Non est hic aliud nisi domus Dei, et porta caeli.* Genes. xxviii, v. 16 et 17. Verdaderamente el Señor mora aquí, esta es la casa de Dios. De la misma manera digo de cualquier particular: reformese uno en el silencio, y yo le doy por reformado. Por experiencia lo vemos, que cuando hablamos mucho, entonces hallamos en el exámen haber caído en muchas culpas: *Ubi verba sunt plurima, ibi frequenter egestas.* Prov. xiv, v. 23. Entonces hay pobreza y miseria, y que llorar: y cuando habemos guardado bien el silencio, apenas hallamos de qué hacer exámen: *Qui custodit os suum, custodit animam suam,* Prov. xiii, v. 3, dice el Sábio: el que guarda su boca, guarda su ánima. Aun allá Carilo, varón principal y gran letrado entre los lacedemonios, siendo preguntado por qué causa Licurgo había dado tan pocas leyes á los lacedemonios, respondió: Porque los que hablan poco, como son los lacedemonios, tienen poca necesidad de leyes. De manera que el silencio basta para reformar á cualquier particular, y para

reformular toda la casa y toda la Religión. Y esta es la causa por que aquellos Santos antiguos estimaban y ejercitaban tanto el silencio, y por la cual vinieron todas las Religiones á poner en sus observancias por una de las principales esta del silencio. Y por eso dice Dionisio Cartusiano, que dijo el apóstol Santiago, I, v. 26: El que no peca con la lengua, ese es varón perfecto; y si alguno piensa que es religioso y no refrena su lengua, engañase, que vana es su Religión.

Pues considere aquí cada uno atentamente cuán poco le pedimos para ser perfecto, y cuán fácil medio le damos para ello. Si quereis aprovechar mucho en virtud y alcanzar la perfección, guardad silencio, que con eso dice el apóstol Santiago, III, v. 2, que la alcanzaréis. Si quereis ser espiritual y hombre de razón, guardad silencio, que de esa manera dicen los Santos que lo alcanzaréis. Y por el contrario, si no teneis cuidado de guardar silencio, nunca alcanzaréis la perfección, nunca seréis hombre de oración, nunca seréis muy espiritual: sino, decidme si habeis visto algún hombre parlero y hablador que sea muy contemplativo y espiritual. Ni aun aprovechado le veréis: *Numquid vir verbosus justificabitur?* dice el santo Job, XI, v. 2. ¿Por ventura el hombre que es hablador será justificado? Dice allí san Gregorio, lib. 10 Mor. c. 2: Cosa cierta es que el que habla mucho

no será justificado, no aprovechará mucho; y trae para esto muchas autoridades de la sagrada Escritura, y entre ellas aquello del Profeta, Psalm. CXXXIX, v. 12: *Vir linguosus non dirigetur in terra*: El hombre parlero y hablador no será enderezado en la tierra. No medrará, no crecerá, comprenderle ha aquella maldición del patriarca Jacob, Genes. XLIX, v. 4. *Effusus es sicut aqua, non crescas*: Habeos derramado como agua, habeis derramado el corazón por esas puertas de la boca y de los sentidos, desmandándolos á tomar vanos entretenimientos en estas cosas exteriores: no creceréis, no medraréis.

Comparan muy bien los Santos al que no trae guardada y cerrada su boca al vaso sin cubierta, al cual mandaba Dios que fuese tenido por inmundo: *Vas quod non habuerit operculum, nec ligaturam desuper, immundum erit*, Num. XIX, v. 15; porque está expuesto para recibir dentro de sí cualquier inmundicia, y luego se llena de polvo y de suciedad. Así cuando uno no tiene cerrada la boca, presto se llena de imperfecciones y de pecados. Así lo dice el Espíritu Santo por el Sábio, y lo repite muchas veces: *Qui multis utitur verbis, ledat animam suam*, Eccli. XX, v. 8; y en otra parte: *In multiloquio non deerit peccatum*, Prov. X, v. XIX; y en otra: *In multis sermonibus invenitur stultitia*. Eccles. V, v. 2. El que habla mucho, dañará su alma. El que habla mucho, en algo yerra,

no faltará pecado en el mucho hablar. Pluguiera á Dios que no experimentáramos esto tanto como lo experimentamos. Dice muy bien san Gregorio (1): Comenzaréis por palabras buenas, y de ahí vendréis á una palabra ociosa, y de ahí saltaréis luego á otra jocosa, luego á otra enojosa, y poco á poco se va calentando la lengua, y creciendo el deseo de encarecer las cosas, y hacer que parezcan algo; y cuando no pensaréis, habréis resbalado en otras mentirosas, y por ventura maliciosas y aun perniciosas: comenzaréis por poco y acabaréis por mucho, que así suele acontecer, comenzar burlando y acabar murmurando.

Mas: dice Alberto Magno, lib. de virtut. c. 31: *Ubi non est taciturnitas, ibi homo de facili ab adversario superatur*: Donde no hay silencio fácilmente es uno vencido del enemigo. Y trae para esto aquello de los Proverbios, Prov. XXV, v. 28: *Sicut urbs patens, et absque murorum ambitu, ita vir, qui non potest in loquendo cohibere spiritum suum*: El que no se puede contener en el hablar, es como una ciudad abierta y sin muros. Sobre las cuales palabras dice san Jerónimo (2), que así como la ciudad abierta y sin muros está muy expuesta para ser entrada y saqueada de los enemigos; así el que no está guardado con este muro del silencio está

(1) Gregor. lib. 7 Moral. cap. 17; et 3 p. Pastor. admon. 3.
(2) Hieronym. ibid. Gregor. 3 p. Pastor. cap. 13; et lib. 7 Moral. cap. 25.

muy expuesto y muy á peligro para ser vencido de las tentaciones del demonio; y podemos dar otra razón mas particular de eso: así como acá á un hombre que está descuidado y entretenido en otras cosas diferentes fácilmente le pueden engañar; pero al que está siempre sobre aviso, con dificultad; así al que no guarda silencio, fácilmente le puede engañar el demonio, porque anda divertido, entretenido y embebecido en cosas impertinentes; pero el que anda con silencio y recogimiento, anda siempre apercebido y sobre aviso, y así no le engañará fácilmente el demonio, ni le echará treta falsa.

CAPÍTULO VII.

Que andar uno con modestia, silencio y recogimiento no es vida triste, sino muy alegre.

De lo dicho se sigue una cosa digna de advertir en esta materia: que esta manera de vida recogida, andar uno con sus ojos bajos, no querer hablar ni oír sino lo necesario, haciéndose sordo, ciego y mudo por Dios, no es vida triste ni melancólica, sino antes muy alegre y gustosa: y tanto mas que esa otra, cuanto es mas dulce la conversacion y compañía de Dios que la de los hombres, á la cual nos convida y lleva ese recogimiento. Dice san Jerónimo (1): *Viderint alii quid sentiant, unus-*

(1) Hieronym. epist. 4 ad Rust. Monach. de vivend. form.

quisque enim suo sensu ducitur: mihi oppidum carcer, et solitudo paradisius est: Sientan otros lo que quisieren, porque cada uno dice de la feria como le va en ella: lo que de mí sé decir es, que la ciudad me es cárcel, y la soledad paraíso. Y san Bernardo decia (1): *Numquam minus solus, quam cum solus*: Nunca estoy menos solo, que cuando estoy solo. Entonces estoy mas acompañado y mas alegre y regocijado, porque aquello que satisface y da verdadero contento al corazón, es el tratar y conversar con Dios. Para los que no tienen este trato interior, ni saben de espíritu, ni de oracion, ni hallan gusto en las cosas espirituales, será esta vida triste y melancólica; pero no para el buen religioso.

De aquí se entenderá otro engaño (2), que como piensa el ladrón que todos son de su condicion, algunos en viendo al otro devoto y recogido, y sus ojos bajos, y que no anda hablando como ellos con todos los que encuentra, luego les parece que anda tentado, ó que anda triste y melancólico, y aun algunas veces se lo dicen. Y hay algunos que no se atreven á andar con la modestia y silencio que querrian y deberian por temor de esto: lo cual se debe advertir mucho, para que nadie haga daño por su indiscrecion y poco espíritu; porque vos no sabeis tener alegría

(1) Bernard. epist. seu tract. ad Frat. de Monte Dei.

(2) Tractat. 1, cap. 15.